BIENAVENTURANZAS EXPLICADAS

Felipe santos, SDB

Pamplona-Agosto-2010

-BIENAVENTURADOS LOS POBRES EN EL ESPÍRITU PUES DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.

La primera palabra "BIENAVENTURADO" inspira la confianza y pone la alegría en el corazón. En ella vemos lo positivo. Pero al escuchar la palabra “pobre”, es otra cosa distinta; se diría negativa. Nos vemos con harapos, despojados, abandonados en la calle, pobre. La privación tiene una resonancia más bien negativa, pero la consecuencia deviene positiva: "El Reino de los cielos les pertenece". Y que no queramos sufrir para tener un reino, el Reino de los Cielos cerca de Dios

eternamente, inseparable de El, en el este Reino en el que nada falta y donde toda desgracia está desterrada.

Leemos en el Evangelio que san Pedro pregunto a Jesús: Nosotros que lo hemos dejado todo para seguirte, ¿qué suerte nos espera? Y Jesús respondió:

Todo el que deja casa, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o sus campos por mi causa y la del Evangelio, recibirá el céntuplo ya en esta vida.

La importancia del despego de las cosas, lo muestra san Francisco de Asís cuando dejó todo lo mucho que tenía. San Francisco y los suyos han vivido en la pobreza más grande, confiando en Dios. La Divina Providencia cuida de ellos mejor que cuida de los pájaros.

Miremos todo lo que Madre Teresa de Calcuta abandonó para ir a servir a los pobres. Era miembro de una comunidad acomodada, pero ante la llamada de Dios, dejó su convento para fundar una comunidad enteramente consagrada a los más miserables.

En este programa de vida cristiana propuesta por Cristo, parece que la primera bienaventuranza es ésta que abre la vía a todas las demás: nosotros seremos mansos, misericordiosos, puros, artesanos de la paz, en la medida de nuestra pobreza de espíritu. Para vivir esta pobreza de espíritu, tratemos de comprender aquello que lo es y, para esto, veamos desde luego aquello que no lo es.

Es preciso, por lo tanto, excluir la pobreza tal como nosotros la entendemos, ya que queremos definir el objeto primordial de nuestros trabajos apostólicos: pobreza material, económica, humana, social.

La pobreza evangélica es todo lo opuesto a la "dura cerviz" del "endurecimiento" que encontramos bastante a menudo expresado en la Escritura.

"Yahvé se dirige a Ezequiel en esos términos" "Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: Yo extirparé de su cuerpo el corazón de piedra" (Ez. 10, 19).

"Yahvé que acaba de anunciar a Moisés que el pueblo que Él ha hecho salir de Egipto está en trances de adorar un becerro de oro, habla de este pueblo en estos términos: Yo se bien que

este pueblo es un pueblo de dura cerviz" (Ex. 32, 9).

Antes de ser lapidado el diácono Esteban, delante de sus jueces habla "a duras cervices, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo". (Act. 7, 51).

¿Qué es entonces la pobreza evangélica, la pobreza de espíritu? Es esta lucidez mediante la cual el hombre se sitúa delante de su Creador, Se reconoce "criatura", pero esta confianza es activa: sólo el hombre, no puede nada: con Dios, lo puede todo. El pobre no discute con Dios aún si no lo comprende todo enseguida.

En la Escritura encontramos nosotros numerosas actitudes de "pobres" que sirven de nuestros modelos.

Muchos de los Salmos son oraciones de pobres: todos estos Salmos donde encontramos la confianza en Dios quien es "la roca", el "peñasco", el "broquel", el "abrigo".

Volvamos a leer en el Libro de Job (Ch. 38 a 42) estos diálogos entre Yahvé y Job. Después de haber interrogado a Dios, Job descubre el misterio, se inclina ante su Omnipotencia; Dios no tiene que rendirle cuentas; Job se reconoce

"pobre".

Job da esta respuesta a Yahvé:
Yo se que tu eres Todopoderoso
Lo que concibes, lo puedes realizar
Yo soy quien revuelve tus consejos
Por las murmuraciones desnudas de sentido
También he hablado sin inteligencia
De las maravillas que me traspasan y que yo ignoro".

Al recorrer el Antiguo y el Nuevo Testamento, encontramos a dos "pobres" que han sido asociados desde muy cerca a la Misión de Cristo: Juan Bautista y la Virgen María de la cual se puede decir que su "Magníficat" que recitamos diariamente, es un magnífico canto de pobreza.

En el Nuevo Testamento, el Señor se sirve de parábolas para hacer comprender cómo deberíamos nosotros vivir esta pobreza: Tal la del Fariseo y el Publicano (Lc. 18, 9-15), el Siervo inútil (Lc. 17, 7-10).

Cristo ha admirado los pedidos, las súplicas de los pobres: el Centurión (Mt. 8, 5-13), la hemorroisa (Lc. 8, 40-56), la Cananea (Mc. 7, 24-30) el Buen Ladrón (Lc. 23, 39-43).

Sería muy bueno releer todos estos textos y meditarlos debidamente para ayudarnos a caminar en esta pobreza evangélica de la cual J. LOEW habla en estos términos, en su libro; "Como si el viera lo invisible": "Pues, la pobreza es la consecuencia visible de la Fe, la actitud de aquel que espera todo de otro, y signo de aquel que solo se apoya en Dios... Uno no se despoja de un solo golpe, pero cada día se puede tender hacia la simplicidad, desprendimiento, la confianza solo en Dios... Nada es digno de Dios, nada está a su altura para que lo reciba... Entonces Dios busca donde no hay nada... Dios llega solamente donde Él es todo: A la gruta donde existe la pobreza total, en María, en la pobreza del corazón" (Pág. 18-20).

POBREZA Y APOSTOLADO

La pobreza evangélica implica que nosotros seamos apóstoles. La riqueza de Jesucristo viviente en nosotros, no la debemos guardar jubilosamente como un tesoro escondido, sino que la debemos participar. Es pues, la pobreza una virtud indispensable a todo apóstol: "En la medida de nuestra pobreza delante de Dios, nosotros seremos pobres con los demás" (San Francisco de Asís).

La Legión de María nos invita a tener esta

pobreza. Ella nos la nace decir luego de nuestra promesa, en la oración al Espíritu Santo:

"y reconociendo que por mí mismo no puedo prestar un servicio digno, te ruego desciendas sobre mí y me llenes de Ti mismo, para que mis pobres actos los sostenga tu poder, y venga a ser instrumento de tus poderosos designios... Oh, Santo Espíritu, seguro de que Vos cambiareis mi debilidad en fuerza, por ello me atrevo prometer un servicio fiel... "

El Cardenal Suenens en la Teología del Apostolado, comenta este pasaje en los siguientes términos: "ningún equívoco es posible: Él es el encargado de llenar las manos vacías; hacernos conocer lo que en ellas Él ha puesto. Es Él quién inundará nuestras almas de sus dones y de sus carismas; nos comunicará cada una de las gracias recibidas: cada Luz y cada impulso para nosotros poder ofrecerle una alma abierta y despojada de nuestras miras humanas. Si Dios nos concede el honor inesperado de tener necesidad de nosotros, Él solo conoce su propósito, la vía y los senderos que son precisos -para llegar a Él... La gracia de Dios escapa a nuestros sistemas métricos y a nuestros cálculos de probabilidades. Pues bien, la Legión nos invita a tomar conciencia de nuestra pobreza. Ella nos pone en estado de

gracia apostólica. (Pág. 36-40).

El espíritu que debe presidir cada diligencia apostólica, aquel con el cual abordaremos a las personas, "Sombrero a la mano", de "inferior a superior". Viendo en ellos a "Jesucristo en persona" recordándonos la palabra del Señor" todo lo que hiciereis al más pequeño de entre los míos, es a Mí a quien lo hacéis", es este espíritu de pobreza tal como hemos tratado de definirlo.

El espíritu en el cual revisamos en nuestra reunión semanal los trabajos apostólicos, debe ser, igualmente, espíritu de pobreza. Cuántas veces no estamos tentados de atribuir a nuestros propios esfuerzos, nuestras cualidades, nuestras palabras nuestras diligencias, un resultado positivo. Jamás debemos olvidar que, a través de nosotros, es Dios quién obra, que es el Espíritu Santo quién ha influido en el alma de nuestro interlocutor? Y en presencia de un descalabro -aunque a veces solamente aparente- cómo reaccionaremos? No pretendamos tener la tentación de abandonarlo todo "dejarlo caer por si mismo", olvidando que para Dios "nada es imposible".

En otros términos, debemos tener constantemente delante de nuestros ojos y en

nuestro corazón que Dios desea tener necesidad de nosotros para hacerse Él conocer y anunciarle a nuestros hermanos, pero que los resultados son solo suyos, a Él sólo le pertenecen.

Asimismo, sepamos respetar el camino que la gracia toma para manifestarse a los otros, respetar los designios de Dios, la Libertad de nuestro interlocutor que querrá libremente adherirse a Jesucristo.

Bien entendido, este espíritu de pobreza debe animar a nuestras relaciones cotidianas. Es Él quien debe impregnar todo nuestro ser y presidir nuestros diálogos y reuniones de familia, en la profesión, en el hogar, donde se desarrollan nuestras relaciones sociales. La Legión de María nos hace participar de la misión de la Iglesia, esta Iglesia que quiere ser la Iglesia de los Pobres, no solamente por ellos, a quienes busca para cuidarlos con un amor particular: a los más lejanos, a los desnudos, a los más desheredados, a los menos favorecidos, pero también a sus miembros que deben los "servidores", pobres ellos mismos, pero ricos en Jesucristo.

En esta participación de la misión de la Iglesia, la Legión debe saber tomar su sitio, sin timidez

pero sin triunfalismo para servir en su puesto con los otros Movimientos, comprometiéndose en la "cosecha" con los demás cristianos.

-BIENVENTURADOS LOS MANSOS PUES POSEERÁN LA TIERRA

Los mansos, es decir lo que actúan sin acritud, sin orgullo, sin desprecio con los demás. Son los que no buscan sacar provecho de los otros, que son mansos y humildes con los soberbios, los orgullosos, y buscan ganárselos con la dulzura o mansedumbre.

San Vicente de Paúl nos da un ejemplo poco ordinario de la dulzura oponiéndose al triunfo. Un día le quitó a un joven clérigo un puesto para el que se le enviaba. La madre del joven se enfadó de tal manera que le rompió una silla en la cabeza del pobre Vicente. Nuestro santo no tuvo otras palabras que:" Ah! Qué hermoso es el amor de una madre!" No cambió de idea y no le dio el puesto al joven.

LOS ESCRITOS DE MONTFORT SOBRE LA DULZURA

Se sorprende uno al constar lo significativo de la presencia en la obra monfortiana. Lo que a Montfort le interesa no es tanto la virtud de la dulzura cuanto la dulzura de Dios, de la Sabiduría, de María. No exhortaciones sistemáticas a la dulzura, sino sobre todo una larga contemplación de Dios cuyos frutos nos ofrece en *El Amor de la Sabiduría Eterna*, en *El Tratado de la Verdadera Devoción*, en el *Cántico 9* y en el sermón *Del amor y la dulzura de Jesús*.

1. En la escuela de su tiempo - Durante sus años de estudiante en Rennes y sobre todo en paría, Montfort leyó casi a todos los místicos de su época: los PP. Olier, Berulle, Nouet, Saint-Jure, Surin... En estos autores la dulzura es muy importante. En un siglo en el que se insiste en la idea de un Dios distante, todopoderoso y majestuoso, es sorprendente constatar que la dulzura se presenta como la virtud suprema, la que encierra a todas las demás: «La virtud de la dulzura es la virtud cumbre del cristiano porque presupone en él el anonadamiento de todo lo propio y la muerte a todo interés y esto se realiza por Jesucristo.»

Los PP. Saint-Jure y Nouet, cuyas obras ejercen una influencia profunda y evidente en Luis María, insisten fuertemente en la adquisición de la *benignidad* y de la *suavidad de espíritu*. «Concluyo que la dulzura es la característica de los santos y la señal de la predestinación.» Berulle, que marcó fuertemente la espiritualidad de su tiempo al predicar la devoción a los misterios de la infancia de Jesús, escribió igualmente un capítulo sobre la *benignidad*. Para él, «es preciso estar ocupados por Jesucristo» y «presentarse a su humildad, su caridad, su benignidad: abrámosles nuestros corazones, a fin que de que en él se impriman [...]. Su dulzura tiende a hacernos dulces.»

En los autores que frecuenta Montfort, se define la dulzura como una docilidad, un abandono filial a la voluntad de Dios y como una dominación de sus instintos agresivos. La espiritualidad del siglo XVII considera la dulzura como una virtud interior que invita a imitar la no-resistencia de un Dios que se encarna, se empequeñece, y quiere conquistar los corazones por la dulzura. A ejemplo de la dulzura de Dios que carece de debilidad, esta virtud se traduce, para estos espirituales, por un amor exigente para con el prójimo, y supone una renuncia total a sí mismo: «Esta dulzura no es otra cosa que una participación de la de Dios.

Dios es la dulzura por esencia y cuando quiere darle participación a la persona se establece en ella de tal manera que ésta ya no tiene nada de carnal ni de sí misma [...], de suerte que cuanto realiza es en Dulzura.»

2. Sitio de la dulzura en la obra monfortiana - Como sus maestros espirituales, Montfort se atreve a presentar la cercanía de Dios insistiendo en la dulzura de la Sabiduría y de María. Desde el ángulo de la dulzura presenta todo el misterio de un Dios que se encarna por amor. Si los capítulos 10 y 11 de *El Amor de la Sabiduría Eterna* describen ampliamente «la encantadora belleza y la inefable dulzura de la Sabiduría encarnada», los primeros capítulos de la obra hablan de la dulzura de la Sabiduría eterna «que es dulce, sencilla y atrayente, y, a la vez, luminosa y sublime.» (ASE 5). Para Montfort «nada tan dulce como la Sabiduría» a quien llama «dulce conquistadora» .

a. La dulzura de la Sabiduría - Los capítulos de *El Amor de la Sabiduría Eterna* sobre la dulzura se inspiran ampliamente en los escritos del P. Nouet, que Montfort había resumido en sus años de estudiante. En *L'Homme d'oraison (= El Hombre de oración),* Nouet desarrolla largamente los encantos de la dulzura de Jesús. Montfort atribuirá a la Sabiduría esta virtud; no sólo a la Sabiduría encarnada, donde describe la

dulzura, sino también a la Sabiduría eterna. En contra de Nouet, Montfort en su *9º sermón* une la *dulzura* de la Sabiduría encarnada. Aunque se inspire en Nouet y Saint-Jure, Montfort construye su propia organización lógica y conserva los elementos principales que describen la dulzura de la sabiduría en la eternidad, antes de su encarnación, durante su vida en la tierra y en su vida gloriosa: «Nació de la más dulce, tierna y hermosa de todas las madres [...]. Es la Sabiduría eterna, la dulzura y la belleza personificadas.» «Jesús es dulce en el semblante, dulce en las palabras, dulce en las acciones [...]. Sus ojos y semblante despedían tan suave y encantadora luz...»

Las parejas *dulzura/belleza, dulzura/ternura, dulzura/amor* son a menudo inseparables cuando Montfort habla de María y/o de la Sabiduría. La dulzura de la Sabiduría está subordinada a su amor: es para que la humanidad ame a Dios y se deje atraer por él: «Al considerar todo esto, ¿cómo no amar a esta Sabiduría eterna, que nos ha amado y nos sigue amando más que a su propia vida, y cuya belleza y dulzura superan a todo lo más bello y dulce que hay en el cielo y en la tierra?»

Se contempla toda la vida de Cristo a la luz de la dulzura, perceptiblemente en el mismo orden en el *Sermón*, en *El Amor de la Sabiduría Eterna* y en el *Cántico 9*.

En el *Sermón*, se empareja la *dulzura* con el *amor*: *Del amor y la dulzura de Jesús*. En cambio, el esquema es prácticamente el mismo que en los capítulos 10 y 11 de *El Amor de la Sabiduría Eterna*. El *Cántico 9* vuelve a tomar la contemplación de la dulzura de Jesús en su exterior, su infancia, su conducta, y añade que el cristiano debe practicar la dulzura a ejemplo de Cristo, de María, de los Apóstoles y de los santos. Para Montfort, la dulzura es la cualidad por excelencia del corazón. Por ella se gana el corazón de Dios, los corazones del prójimo, los corazones de los pecadores. En este mismo cántico, podemos descubrir los motivos que incitan a Montfort a practicar la dulzura: «En mi conducta soy / tan rudo como un toro; / hazme ahora, Señor, / dulce como un cordero» . «Soy un hombre colérico: / perdóname, Señor» ; «Cuando alguno te ultraja, / súfrelo dulcemente. [...] La dulzura en sí tiene / una fuerza secreta / que es ley para todos / y da una paz perfecta»

Cuando en el *Cántico 41* canta los amorosos secretos del Corazón de Jesús, encontramos, dicho de otro modo pero con igual insistencia, que la dulzura es fruto del amor, que dicta una conducta que es toda dulzura. Aquí se confunden dulzura y caridad: «¡Qué dulce y qué tratable Corazón! / Conversa con los niños; / ¡qué afable y cariñoso! / ¡Qué triunfantes sus

rasgos!» «¡Con qué sabiduría / gana a la pecadora / su amor y su bondad! / ¡Es milagro de amor!»

Las referencias frecuentes a la dulzura del corazón de Dios y del corazón de Jesús en Montfort nos llevan a creer que no son simples reflexiones juveniles, simples manifestaciones de un desequilibrio psíquico que trasladaría a Dios sus fantasmas femeninos. La noción de dulzura reaparece constantemente en Montfort. Evolucionó, sin embargo, al ritmo de su contemplación de Cristo en los misterios de su vida oculta y pública. Y culminará contemplando la cruz de Cristo como suprema dulzura: «Me siento feliz en medio de mis sufrimientos, y no creo que haya nada en el mundo tan dulce para mí como la cruz más amarga, siempre que venga empapada en la sangre de Jesús crucificado». Esta carta, escrita tres años antes de su muerte, repite que *identificación* con Cristo.

b. La dulzura de María - Si, como lo señala el P. Blain, «el amor de María era innato en el P. Grignion», se manifiesta igualmente por una piedad muy tierna para con su «dulce Madre», «su bondadosa y amada Madre», como gustaba de llamarla. Su relación afectiva con María se traduce en un lenguaje místico y realista a la vez: «La santísima Virgen es Madre de dulzura y misericordia, y jamás se deja vencer en amor y

generosidad. Viendo que te has entregado totalmente a ella para honrarla y servirla y te has despojado de cuanto más amabas para adornarla, se entrega también a ti plenamente y en forma inefable»

Y un poco más adelante, traduce en lenguaje afectuoso la conducta que los predestinados deben tener los predestinados con María: «Se acogen a los pechos de su misericordia y dulzura para obtener por su intercesión de sus pecados o saborear, en medio de las penas y sequedades, sus dulzuras maternales.»

Montfort comprendió que Dios pasa por María, por ella se comunica a nosotros y ella nos conduce a Jesús con la dulzura de una madre; «María constituye su canal misterioso, su acueducto, por el cual hace pasar suave y abundantemente sus misericordias» . Donde se explicita más la dulzura de María es al hablar de su oficio de endulzar las cruces. «María, madre de los vivientes, hace participar a sus hijos del árbol de la vida que es la cruz de Jesucristo» . Pero, según él, María también suaviza sus asperezas: «Esta madre bondadosa [...] endulza todas las cruces que les prepara con el azúcar de su dulzura maternal y con la unción del amor puro» «Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy tolerante y humilde, y os sentiréis aliviados» (Mt 11,29).

María es el ambiente ideal para que se dilate la vida interior del cristiano, por que «por el camino de María se avanza más suave y tranquilamente» Más allá de un lenguaje que podría parecernos infantil o dulzarrón, Montfort nos transmite su deseo de unión a Dios por María a quien llama «toda relativa a Dios»

Todas estas imágenes que utiliza Montfort para ilustrar la dulzura de María y la dulzura de Jesús traducen la espontaneidad y la ternura de su amor a ellos. Este amante de la cruz vive a la sombra de la dulzura maternal de María. que considera como «camino dulce para ira a Jesús» Casi todo el vocabulario de dulzura utilizado a propósito de María describe su maternidad. Amor, dulzura, ternura traducen el aliento apasionado de Montfort tanto por María como por Dios; para él, el sabio, al igual que la Sabiduría no puede ser sino «dulcemente fuerte y fuertemente dulce». Es de notar que la dulzura se traduce muchas veces por imágenes femeninas y maternales. Del mismo modo, canta abundantemente la ternura del Padre, su bondad y su dulzura: «Es mi Padre querido, / cuida mucho de mí, / me tiene cerca a sí, / me ayuda y me sostiene [...] / su dulzor me acaricia, / y su gracia me sana [...] / Dios solo es mi ternura, / Dios solo me sostiene», las cualidades maternales de María, su dulzura y su

ternura, se atribuyen luego a Dios, a ese «Padre bondadoso, (a quien) te afanarás por agradar incesantemente y dialogarás con él confidencialmente, como un hijo con su cariñoso padre . El amor filial, pleno de dulzura y ternura que se expresaba en su primer grito, *El Amor de la Sabiduría Eterna*, vuelve a resonar todavía en su obra de madurez, el *Tratado de la Verdadera Devoción*.

III. PARA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA DULZURA

El tema de la dulzura no está particularmente a la moda en la actualidad. ¿Puede el mensaje de Montfort retarnos todavía? Sin encadenarnos en el lenguaje de otra época, ¿no podrá descubrirse en él la prodigiosa riqueza de un Dios que se ha acercado a nuestra humanidad? Al contemplar la dulzura de la Sabiduría y la dulzura de María, Montfort nos repite que el poder de Dios no es dominio, sino poder de ternura, de dulzura, de humanización. Si «la Sabiduría es para el hombre, el hombre es para la Sabiduría , la dulzura de esta Sabiduría, que se debe reproducir, nos recuerda nuestra dimensión humana y divina a la vez.

Montfort nos presenta la dulzura de la Sabiduría como un secreto de vida eterna, un misterio de dinamismo y novedad

especialmente), donde el Hijo nace del Padre por la más dulce de las mujeres, María. Está cierto de que esa dulzura de la Sabiduría atrae los corazones a su amistad e imitación . Al releer estos textos sobre la dulzura, nos sentimos convocados a profundizar nuestra propia experiencia de fe, de relación con Dios y con María: «Es el don del amor del Padre eterno y fruto del amor del Espíritu Santo. El amor nos la da (a la Sabiduría) y el amor la forma [...] De suerte que es toda amor, o mejor, el amor mismo del Padre y del Espíritu Santo».

En los numerosos pasajes sobre la dulzura de la Sabiduría y de María, encontramos sobre todo la Encarnación en el corazón mismo de la historia de la salvación, en el corazón mismo de la experiencia humana: «Ahí viene la Sabiduría eterna, que para conquistar nuestros corazones y borrar nuestros pecados ha compendiado en sí todas las dulzuras divinas y humanas, celestiales y terrenas.»

En el corazón de nuestros caminos cotidianos, enfrentadas a menudo a la violencia, al dominio, a la agresividad, a la guerra, a diversos poderes, releer estas líneas puede ser estimulante e infundir valor. Más aún, la reflexión de Montfort sobre la dulzura y los esfuerzos para reproducirla en sus gestos y acciones nos recuerdan que el *amor* es ternura. belleza, sabiduría, bondad y *dulzura*.

La dulzura, como cualidad evangélica y como bienaventuranza, tiene que decir algo a nuestro mundo angustiado. Para los creyentes y las creyentes, la dulzura es prenda del reino ya presente: «Dichosos los mansos, porque poseerán la tierra» (Mt 5,4). Las páginas de Montfort sobre la dulzura de la Sabiduría ¿no empalman a caso con el siguiente texto de Santiago? «¿Hay entre vosotros alguien sensato y prudente? Demuestre con su buena conducta que actúa guiado por la modestia de la sensatez. La sensatez que procede del cielo es ante todo limpia; además es pacífica, comprensiva, dócil, llena de piedad y buenos resultados, sin discriminación ni fingimiento...» (St 3,13.17).

-BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN PUES SERÁN CONSOLADOS.

Bienaventurados los que lloran su miseria humana o moral, sus pecados pasados o los que todavía tienen toda clase de pruebas y tormentos que sufrir, pues serán consolados. Recibirán el consuelo verdadero que es el de la otra vida en la que cesa toda aflicción, y se seca toda lágrima: pues el Cordero que está en medio del trono será su pastor, y

los llevará a las fuentes de la vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos.

Tomemos el ejemplo de Santa Margarita de Metola que fue abandonada muy joven por sus padres. Pues estos últimos, nobles, tuvieron vergüenza de esta niña nacida ciega y enferma. Toda su vida vio la mano de Dios en esta circunstancia.

En lugar de llorar sobre su suerte, era un rayo de alegría para los demás.

Bienaventurados los afligidos”

Carlo Maria Martini

Las bienaventuranzas, en el relato evangélico de Mateo, se refieren, por lo general, a actitudes que el hombre trata de expresar: la pobreza de espíritu, la mansedumbre, la misericordia, la paz, la pureza de corazón, el hambre y la sed de justicia. Sin embargo, existen algunas que evocan situaciones que no dependen directamente del hombre. El hombre las acepta, las soporta, las sufre; tal es el caso de la bienaventuranza de la aflicción.

Estar afligidos no es de ordinario una actitud que nosotros elegimos: es un estado en el cual podemos hallarnos a pesar nuestro, por motive de realidades, de hechos, de condiciones que no son causadas por nosotros.

Por otra parte, son muchísimos los hombres y las mujeres que en el mundo sufren.

Por eso nos preguntamos: ¿Cómo se explica que un sufrimiento que nos viene encima y nos causa un mal, nos aflige, puede ser fuente de bienaventuranza, de felicidad y de gozo? Es un gran interrogante que supone otro: *¡La* aflicción es de verdad una situación que debemos aceptar pasivamente o bien podemos vivirla inclusive como algo positivo?

Para comprender mejor las palabras de Jesús, tomaremos como punto de partida la relectura del versículo evangélico para preguntarnos: i Qué significa "afligidos" y por qué son proclamados bienaventurados? ¿Qué significa que los afligidos serán consolados? Luego al pasar al momento de la meditación, trataremos de comprender la relación que existe entre la segunda bienaventuranza de Mateo y nuestra vida.

Lectio: los afligidos son consolados

1. "Bienaventurados los afligidos" (Mt 5, 4)

Así reza la traducción de la Biblia de la Conferencia Episcopal Italiana, mientras la de la Biblia Interconfesional dice: *"Bienaventurados los que se hallan en la tristeza, porque Dios los consolará"*.

El termino griego —*penthoûntes*— incluye tanto la aflicción como la tristeza y se refiere mas directamente al luto, a las lágrimas que derramamos, por ejemplo, por la muerte de una persona amada. La versión latina, en efecto, habla de los que están en el llanto —"beati qui lugent".

El sentido del vocablo se amplía obviamente para abarcar todas las realidades que causan dolor, sufrimiento, amargura y pena. Una página del Antiguo Testamento presenta a los "afligidos" en un contexto más amplio y nos permite así encontrar algunos sinónimos de la aflicción.

"El Espíritu del Señor está sobre mí/... me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, /a vendar los corazones rotos, /a pregonar a los cautivos la liberación, / y a los reclusos la libertad, / ...para consolar a los afligidos, /para alegrar a los afligidos de Sión" (Is 61, 1-3).

Dos veces repite el profeta el término "afligidos", formando un paralelo con los míseros,

con los llagados, con aquellos que tienen el corazón despedazado, con los esclavos, con los prisioneros. Y continúa: *"Para dales diadema en vez de ceniza, /. aceite de gozo en vez de vestido de luto, / alabanza en vez de espíritu abatido"*. Los afligidos son puestos en comparación con personas que están de luto, con gente cuyo corazón está triste. Por consiguiente, podemos entender la palabra "afligidos" para significar a todos aquellos que sufren una desgracia, que viven un dolor personal pero también social, nacional, político, religioso.

Es significativo a este respecto el cántico de Tobías sobre la ciudad de Jerusalén destruida: *"Dichosos cuantos hombres tuvieron tristeza en todos tus castigos, / pues se alegrarán en ti / y verán por siempre toda tu alegría" (Tb 13,14)*.

Quien sufre y guarda luto a causa de una situación civil o religiosa grave, difícil, penosa, un día reirá y saltará de gozo porque esa situación cambiará.

Si miramos en estos días las pantallas de televisión, las expresiones y los gestos de júbilo de numerosas ciudades del Este europeo, hemos tenido la posibilidad de comprender este paso extraordinario de una condición de tristeza, de

llanto, a una situación de gozo profundo a causa de la libertad finalmente reconquistada.

El Nuevo Testamento ilumina otros significados del vocablo "aflicción". En *Lc 19, 41* Jesús llora sobre Jerusalén que no ha comprendido el camino de la paz.

Jesús estalla en lágrimas ante la tumba de Lázaro *(Jnll, 35), y* su llanto nace de un dramático contraste interior.

El ministerio de Pablo va acompañado de momentos de gran sufrimiento: *"He servido al Señor con humildad y lágrimas y con las pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos"*. Además, *"durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros" (Hch 20, 19.31)*.

Afligirse a causa de los propios pecados, gemir en la penitencia, es otro significado importante para el evangelista Mateo.

Pedro, después de haber renegado a su Maestro, lloro amargamente *(Lc 22, 62),* al descubrirse culpable.

Pablo escribe a la comunidad de Corinto una carta severa que entristece a los fieles, pero es una tristeza que los lleva al arrepentimiento, y luego produce, al final, la alegría *(Cf. 2Co 7)*.

El apóstol Santiago subraya la necesidad de la penitencia: *"Purificaos, pecadores, las manos;... Lamentad vuestra miseria, entristeceos y llorad. Que vuestra risa se cambie en llanto y vuestra alegría en tristeza. Humillaos ante el Señor y El os ensalzará" (St 4, 8-10).*

La tradición cristiana, al comentar la segunda bienaventuranza de Mateo, ha desarrollado particularmente está aflicción de la penitencia, de aquel que siente dolor por sus pecados, por su condición pecaminosa, y la detesta interiormente. Pensemos, por ejemplo, en los santos que han pasado su vida llorando sus propios pecados y los de toda la humanidad.

La aflicción proclamada como bienaventuranza nace, en efecto, de una mirada contemplativa dirigida al misterio infinito de Dios y al mismo tiempo de la consideración, tierna y compasiva, sobre la fragilidad de la condición humana, sobre la contradicción histórica del hombre.

Podemos entonces comprender por que los afligidos son "bienaventurados". Bienaventurados son no por el hecho de estar afligidos, no por la aflicción en sí misma, sino porque, al vivirla como actitud positiva, serán consolados; aún más, interpretando el sentido de esa bienaventuranza, "Dios los consolará".

2. "Serán consolados", Dios los consolará

Volvamos a la página del profeta Isaías donde, al lado de los sinónimos de la aflicción, hallamos los sinónimos de la consolación.

"El Espíritu del Señor está sobre mí/ ...para consolar a todos los afligidos, / para alegrar a los afligidos de Sión , I para darles diadema en vez de ceniza, / aceite de gozo en vez de vestido de Iuto, / alabanza en vez de espíritu abatido" (Is 61,1-3).

La consolación es aquel conjunto de alegría, de gozo, de exultación y de victoria que llena el corazón hasta superar y arrollar las olas de la aflicción. "Yo *consolaré a los afligidos";* dice el Señor por boca de su profeta. El libro de Sirácida, al evocar la figura de Isaías recuerda que *"con el poder del espíritu vio el fin de los tiempos, y consolé a los afligidos de Sión" (Si 48, 24).*

La acción consoladora de Dios es subrayada por muchos pasajes del Nuevo Testamento, por el libro del Apocalipsis, con palabras admirables:

"Ya no tendrán hambre ni sed; /ya no los molestará el sol I ni bochorno alguno, /porque el Cordero que está en medio del trono, / será su pastor / y los guiará a los manantiales de

las aguas de la vida./ Y *Dios enjugará toda lágrima de sus ojos" (Ap 7, 16-17).*

El autor repite esta afirmación en los capítulos finales del libro: "Y *no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tendrán necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos" (22, 3-5).*

Los que lloran, que se afligen por sus pecados y por los de los hermanos, los que tienen el corazón desgarrado a causa de la confrontación entre el deseo del Reino de Dios, su plenitud de vida y de paz, con la visión contrastante de muerte que nos rodea; los que sufren a causa de los males de la sociedad, la corrupción, la inmoralidad política, los males de las naciones, serán consolados. Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, será su consuelo. Así se describe en la Biblia el Reino definitivo de Dios, en el cual todas las aflicciones desaparecerán.

Meditación: nuestras aflicciones y nuestras consolaciones

¿Qué valor tiene la bienaventuranza de la aflicción para nuestra vida cotidiana?

Los invito a cuestionarse, delante de Jesús Eucaristía, ante todo acerca de nuestros llantos y luego acerca de nuestras consolaciones.

- *1. ¿Cuáles* son *las* causes *de nuestras lágrimas, de nuestra tristeza?*

Muchos podrán responder: estoy afligido a causa de sufrimientos personales, ocultos. En efecto, existen sufrimientos visibles, como la enfermedad o la pérdida de un amigo a quien queríamos mucho, y existen sufrimientos morales interiores que con frecuencia son más agudos, más profundos y mas aplastantes.

A veces lloramos a causa de situaciones particularmente penosas que vemos en torno nuestro. ¡Cuántas lágrimas en las familias a causa de momentos dolorosos o difíciles que conciernen al uno o al otro miembro, una u otra relación equivocada o deteriorada!

Además podemos estar afligidos por muchos hechos dolorosos de la sociedad, por la violencia que se propaga, por los insultos a la vida, por los abortos, por la droga, por las incorrecciones en la política, por la decadencia de los valores morales.

Con frecuencia nos entristecemos, y con razón, a causa de los males de la Iglesia, que no siempre es como debería ser, y que no siempre

da testimonio del misterio de Cristo, y muestra en cambio en su interior mezquindades, litígios, envidias y celos.

Todo esto provoca en nosotros sufrimiento y lamentaciones. No nos ha de parecer extraño que la Sagrada Escritura contenga un libro entero dedicado a las lamentaciones, atribuido al profeta Jeremías, el cual hace hablar los sufrimientos personales y sociales. El libro comienza precisamente con las situaciones desastrosas de la ciudad:

"Ay, ¡Cómo, *yace solitaria I la ciudad populosa! / Como una viuda se ha quedado I la grande entre las naciones /... Llora que llora por la noche, / y las lágrimas surcan sus mejillas; / ni uno hay que la consuele" (Lm 1,1-2).* Luego Jeremías pasa a ofrecer descripciones más personales, aunque pueden referirse a la ciudad tomada como colectividad: *"Yo soy el hombre que ha visto la miseria / bajo el látigo de su furor. / El me ha llevado y me ha hecho caminar / en tinieblas y sin luz. I Contra mí solo vuelve El y revuelve / su mano todo el día. / Mi carne y mi piel ha consumido, / ha quebrado mis huesos. /Ha levantado contra mí en asedio /amargor y tortura./Me ha hecho morar en las tinieblas, I como los muertos para siempre. /Me ha emparedado y no puedo salir; / ha hecho pesadas mis cadenas. / Aun cuando*

grito y pido auxilio, El sofoca mi súplica. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, / ha torcido mis senderos..." (3,1-9).

Como lo ven, se trata de una oración de lamentación, elevada ante Dios. La Biblia nos enseña por consiguiente que elevar lamentaciones en presencia del Señor puede ser no sólo lícito sino saludable y purificante. Tal vez no hemos descubierto todavía el valor de consolación que posee esta oración humilde de lamentación.

2. ¿Cuáles son nuestras consolaciones?

Ciertamente a ningún cristiano le faltan consolaciones, si reflexiona con seriedad sobre la fe que vive. ¿Existen en nosotros consolaciones que provienen de la esperanza en lo que Dios nos prepara, cuando decimos, como san Pablo en la Carta a los romanos: *"Yo estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros" (Rm 8,18)?*

El apóstol escribe que no hay comparación: si piensa en los sufrimientos de esta vida se siente abatido, pero si piensa en la gloria futura que los barrerá por completo, que lo recompensará todo, entonces su corazón está rebosante de alegría.

La esperanza cristiana constituye por consiguiente la primera gran consolación.

Sin embargo, para quien sufre con humildad y con abandono en Dios, para quien está afligido a causa de sus propios pecados con sentimiento de penitencia, existe desde ahora la consolación de las visitas de Dios que la literatura espiritual llama las "consolaciones espirituales". Se trata de momentos en los cuales somos de improviso iluminados por una luz interior, nos sentimos colmados de paz, de consuelo, experimentamos un abandono que nos recompensa por muchas amarguras; son momentos en los cuales la serenidad va acompañada de la oscuridad, y nos hace intuir que Dios esta cerca de nosotros, que nos tiene de su mano a pesar de las apariencias contrarias.

Estas consolaciones son concedidas, de manera particular, a quien medita, con frecuencia y con amor, en la pasión de Cristo.

3. Concluyo con una pregunta concreta, que cada uno de ustedes se planteará después de haber contemplado, en silencio, el Crucifijo: ¿Sabemos desahogar nuestro sufrimiento ante Dios antes que con los demás?

Cuando algo nos molesta, nosotros nos sentimos llevados normalmente a comunicarlo con enojo y con nerviosidad a quien está cerca

de nosotros. ¡Por qué no aprendemos a quejarnos antes con el Señor, en la fe y en la oración, como lo hacían los profetas, como lo hacen los santos, como nos lo enseñan los Salmos? Si abrimos el libro de los Salmos, no tardaremos en encontrar un salmo que ponga en nuestros labios las palabras precisas del desahogo en la fe, palabras que no solamente no acrecientan la amargura, sino que le proporcionan desahogo y nos ayudan a entrar poco a poco en la consolación de Dios.

Cuando logremos expresar ante el señor nuestras aflicciones, no con enojo y con amargura, sino en la paz y en la humildad, nos ahorraremos sufrimientos inútiles y experimentaremos la promesa de las consolaciones divinas.

Presidente del Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz

-BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA PUES SERÁN SACIADOS

Esta hambre y esta sed de justicia consisten ante todo en el deseo de la

santidad, el deseo ardiente de llegar a nuestro fin último que es Dios mismo, y tomar todos los medios para llegar a él, cueste lo que cueste. Dios no se deja vencer en generosidad. Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros, dice Santiago.

Miles de personas estaban sentadas en la ladera de ese monte, y Jesús les hablaba en un lenguaje que podían comprender, usando palabras como "hambre" y "sed". Dijo: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". El hambre y la sed de las que hablaba no eran físicas, sino espirituales. No se refería a un deseo que pudiera ser fácilmente satisfecho con lo que el hombre puede proveer. Hablaba, en cambio, de un anhelo de alcanzar la santidad y la justicia que está totalmente de acuerdo con la preciosa voluntad de Dios.

Algunas veces, nuestros apetitos humanos son satisfechos demasiado fácilmente. Como sabrá, los cerdos se contentan con cáscaras, pero no así el alma del ser humano inmortal. Es el deseo de santidad el que es bendecido por Dios.

Es el deseo de las cosas más profundas de

Dios lo que Él bendice y recompensa. Es el deseo de conocerlo y el deseo de justicia, el deseo de conocer la Palabra de Dios, lo que el Señor satisface.

Observe algo: nuestra hambre y nuestra sed provienen de nuestras almas hambrientas y sedientas, pero la perfección y la satisfacción de esos anhelos siguen siendo dadas por Dios. Él es el Dador. Recibimos la santidad; no la creamos. Cuando el hambre y la sed de cosas espirituales está presente, Él es el que ha prometido dar satisfacción para que esa hambre pueda ser aplacada. He aprendido que es posible que el hambre espiritual puede ser mucho mayor que el hambre experimentada por el cuerpo físico.

Jesús dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mateo 22:37). Cuando Dios se convierta en el centro mismo de nuestro amor, de nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, descubriremos a Dios, seremos poseídos por Él y lo poseeremos al mismo tiempo.
A lo largo de los años he observado que una persona nunca encuentra a Dios si Él

no es su más profundo deseo. Recibimos exactamente lo que estamos buscando. Vemos lo que queremos ver. Encontramos en la vida lo que realmente queremos encontrar. Jesús conocía la naturaleza humana, por lo que podía decir: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". "Sed" es una palabra muy fuerte y, cuando el alma humana tiene sed de Dios, esa persona será llena de Dios. No solo encontrará a Dios para sí, sino que llevará el reino de Dios a la Tierra.

Esto es muy real para mí, porque no puedo recordar un momento de mi vida en que cada átomo de mi ser no clamara por Dios.

Hablamos de hambre física, y admito que he tenido hambre de comida; pero les diré la verdad: jamás he conocido un hambre física tan grande como mi hambre de las cosas espirituales. Mi hambre de salvación era portentosa, y encontré satisfacción en Jesús en aquella pequeña Iglesia Metodista de Concordia, Misuri. Pero no terminó allí mi hambre. Aunque esa hambre era muy grande, hubo un hambre aún mayor que me atrapó, un

hambre tan grande que yo miraba a los cielos por las noches y decía: "Sé que te pertenezco, Señor Jesús, pero tengo hambre de una experiencia aún más grande y más profunda. Solo he probado y he entrevisto apenas lo que tú tienes preparado para mí. Por favor, maravilloso Jesús, dame más. Llena cada parte de mí, hasta que este cuerpo mío se haya convertido en un vaso rendido ante ti hasta rebosar del Espíritu Santo".

Yo no buscaba una experiencia o una evidencia; buscaba más de Jesús. Buscaba al Dador. Había tenido una vislumbre de su amor, su poder, su potencia, y quería más de Aquel que había entrevisto. Había probado un poco, pero quería más de lo que había probado. Jesús prometió: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed", y el Espíritu Santo vino a mí y calmó esa hambre, ese anhelo, esa sed.

No creo que haya un límite para lo que Jesús puede dar, y cuando usted tenga hambre y sed de su presencia y se entregue a Él y a su voluntad, sus anhelos serán satisfechos y experimentará, como yo, la gloria de la llenura de Dios, la conmoción profunda de su poder y la

cercanía de su presencia, que mora en usted.

Tomado de "El toque sanador del Maestro"

-BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA.

Pienso que uno de los efectos más bellos de la caridad, es saber compartir los males del prójimo, dejándose afectar por sus males tanto espirituales como materiales. Esta compasión va al unísono con la benevolencia y la indulgencia frente a las dificultades y la miseria del prójimo.

El Evangelio dice que seamos misericordiosos como el Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenad y no seréis condenados, perdonad y se os perdonará. Dad y se os dará.

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA»

P. Raniero Cantalamessa
Cuarta Predicación
Cuaresma
2007

1. La misericordia de Cristo

La bienaventuranza sobre la que deseamos reflexionar en esta última meditación cuaresmal es la quinta, según el orden de Mateo: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia». Partiendo, como siempre, de la afirmación de que las bienaventuranza son el autorretrato de Cristo, también esta vez nos planteamos enseguida la pregunta: ¿cómo vivió Jesús la misericordia? ¿Qué nos dice su vida sobre esta bienaventuranza?

En la Biblia, la palabra misericordia se presenta con dos significados fundamentales: el primero indica la actitud de la parte más fuerte (en la alianza, Dios mismo) hacia la parte más débil y

se expresa habitualmente en el perdón de las infidelidades y de las culpas; el segundo indica la actitud hacia la necesidad del otro y se expresa en las llamadas obras de misericordia. (En este segundo sentido el término se repite con frecuencia en el libro de Tobías). Existe, por así decirlo, una misericordia del corazón y una misericordia de las manos.

En la vida de Jesús resplandecen las dos formas. Él refleja la misericordia de Dios hacia los pecadores, pero se conmueve también de todos los sufrimientos y necesidades humanas, interviene para dar de comer a la multitud, curar a los enfermos, liberar a los oprimidos. De Él el evangelista dice: «Tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8, 17).

En nuestra bienaventuranza el sentido que prevalece es ciertamente el primero, el del perdón y de la remisión de los pecados. Lo deducimos por la correspondencia entre la bienaventuranza y su recompensa: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia», se entiende ante Dios, que perdonará sus pecados. La frase: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso», se explica inmediatamente con «perdonad y seréis perdonados» (Lc 6, 36-37).

Es conocida la acogida que Jesús reserva a los pecadores en el Evangelio y la oposición que ello le procuró por parte de los defensores de la ley, quienes le acusaban de ser «un comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores» (Lc 7, 34). Uno de los dichos históricamente mejor atestiguados de Jesús es: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mc 2, 17). Sintiéndose por Él acogidos y no juzgados, los pecadores le escuchaban gustosamente.

Pero ¿quiénes eran los pecadores? ¿A quién se indicaba con este término? En línea con la tendencia actualmente difundida de disculpar del todo a los fariseos del Evangelio, atribuyendo la imagen negativa a forzamientos posteriores de los evangelistas, alguien ha sostenido que con este término se comprenden «los transgresores deliberados e impenitentes de la ley» [1]; en otras palabras, los delincuentes comunes y los fuera de la ley del tiempo.

Si así fuera, los adversarios de Jesús efectivamente tenían razón en escandalizarse y considerarle persona irresponsable y socialmente peligrosa. Sería como si hoy un sacerdote frecuentara habitualmente a mafiosos, camorristas y criminales en general, y aceptara sus invitaciones a comer con el

pretexto de hablarles de Dios.

En realidad las cosas no son así. Los fariseos tenían una visión propia de la ley y de lo que es conforme o contrario a ella, y consideraban réprobos a todos aquellos que no eran conformes a su praxis. Jesús no niega que exista el pecado y que haya pecadores; no justifica los fraudes de Zaqueo o el adulterio de una mujer. El hecho de llamarles «enfermos» lo demuestra.

Lo que Jesús condena es establecer por uno mismo cuál es la verdadera justicia y considerar a todos los demás «ladrones, injustos y adúlteros», negándoles hasta la posibilidad de cambiar. Es significativo el modo en que Lucas introduce la parábola del fariseo y del publicano: «Dijo entonces a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola» (Lc 18, 9). Jesús era más severo hacia quienes, despectivos, condenaban a los pecadores, que hacia los pecadores mismos [2].

2. Un Dios que se complace en tener misericordia

Jesús justifica su conducta hacia los pecadores diciendo que así actúa el Padre celestial. A sus detractores les recuerda la palabra de Dios en los profetas: «Misericordia quiero, y no

sacrificios» (Mt 9, 13). La misericordia hacia la infidelidad del pueblo, la hesed, es el rasgo más sobresaliente del Dios de la Alianza y llena la Biblia de un extremo a otro. Un Salmo lo repite en forma de letanía, explicando con ella todos los eventos de la historia de Israel: «Porque eterna es su misericordia» (Sal 136).

Ser misericordiosos se presenta así como un aspecto esencial del ser «a imagen y semejanza de Dios». «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36) es una paráfrasis del famoso: «Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19, 2).

Pero lo más sorprendente, acerca de la misericordia de Dios, es que Él experimenta alegría en tener misericordia. Jesús concluye la parábola de la oveja perdida diciendo: «Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15, 7). La mujer que encontró la dracma perdida grita a sus amigas: «Alegraos conmigo». En la parábola del hijo pródigo además la alegría desborda y se convierte en fiesta, banquete.

No se trata de un tema aislado, sino profundamente enraizado en la Biblia. En Ezequiel Dios dice: «Yo no me complazco en la

muerte del malvado, sino (¡me complazco!) en que el malvado se convierta de su conducta y viva» (Ez 33,11). Miqueas dice que Dios «se complace en tener misericordia» (Mi 7,18), esto es, experimenta gozo al hacerlo.

¿Pero por qué –surge la cuestión- una oveja debe contar, en la balanza, igual que todas las demás juntas, e importar más precisamente porque se ha escapado y ha creado más problemas? Una explicación convincente la he encontrado en el poeta Charles Péguy. Extraviándose, aquella oveja, igual que el hijo menor, hizo temblar el corazón de Dios. Dios temió perderla para siempre, verse obligado a condenarla y privarse de ella eternamente. Este miedo hizo brotar la esperanza en Dios y la esperanza, una vez realizada, provocó la alegría y la fiesta. «Toda penitencia del hombre es la coronación de una esperanza de Dios» [3]. Es un lenguaje figurado, como todo lo que hablamos de Dios, pero contiene una verdad.

En los hombres la condición que hace posible la esperanza es el hecho de que no conocemos el futuro y por ello lo esperamos; en Dios, que conoce el futuro, la condición es que no quiere (y, en cierto sentido, no puede) realizar lo que desea sin nuestro permiso. La libertad humana explica la existencia de la esperanza en Dios.

¿Qué decir entonces de las noventa y nueve ovejas juiciosas y del hijo mayor? ¿No existe ninguna alegría en el cielo por ellos? ¿Vale la pena vivir toda la vida como buenos cristianos? Recordemos qué responde el Padre al hijo mayor: «Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo» (Lc 15, 31). El error del hijo mayor está en considerar que haberse quedado siempre en casa y haber compartido todo con el Padre no es un privilegio inmenso, sino un mérito; se comporta como mercenario más que como hijo. (Esto debería ser una alerta para todos nosotros, que, por estado de vida, ¡nos encontramos en la misma situación que el hijo mayor!).

Sobre este punto la realidad ha sido mejor que la parábola misma. En la realidad, el hijo mayor –el Primogénito del Padre, el Verbo-, no se quedó en la casa paterna; Él se fue a «una región lejana» a buscar al hijo menor, esto es, la humanidad caída; ha sido Él quien le ha reconducido a casa, quien le ha procurado vestidos nuevos y le ha preparado un banquete al que puede sentarse en cada Eucaristía.

En una novela suya, Dostoiewski describe una escena que tiene todo el ambiente de una imagen real. Una mujer del pueblo tiene en

brazos a su niño de pocas semanas, cuando éste –por primera vez, dice ella- le sonríe. Compungida, se hace el signo de la cruz y a quien le pregunta el por qué de ese gesto le responde: «De igual manera que una madre es feliz cuando nota la primera sonrisa de su hijo, así se alegra Dios cada vez que un pecador se arrodilla y le dirige una oración con todo el corazón» [4].

3. Nuestra misericordia, ¿causa o efecto de la misericordia de Dios?

Jesús dice «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» y en el Padre Nuestro nos hace orar: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Dice también: «Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas» (Mt 6, 15). Estas frases podrían llevar a pensar que la misericordia de Dios hacia nosotros es un efecto de nuestra misericordia hacia los demás, y que es proporcional a ella.

Si así fuera en cambio estaría completamente del revés la relación entre gracia y buenas obras, y se destruiría el carácter de pura gratuidad de la misericordia divina solemnemente proclamado por Dios ante

Moisés: «Realizaré gracia a quien quiera hacer gracia y tendré misericordia de quien quiera tener misericordia» (Ex 33,19).

La parábola de los dos siervos (Mt 18, 23 ss,) es la clave para interpretar correctamente la relación. En ella se ve cómo es el señor quien, en primer lugar, sin condiciones, perdona una deuda enorme al siervo (¡diez mil talentos!) y que es precisamente su generosidad la que debería haber impulsado al siervo a tener piedad de quien le debía la mísera suma de cien denarios.

Debemos, entonces, tener misericordia porque hemos recibido misericordia, no para recibir misericordia; pero hay que tener misericordia, si no la misericordia de Dios no tendrá efecto en nosotros y nos será retirada, como el señor de la parábola la retiró al siervo despiadado. La gracia «previene» siempre y es ella la que crea el deber: «Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros», escribe San Pablo a los Colosenses (Col 3, 13).

Si, en la bienaventuranza, la misericordia de Dios hacia nosotros parece tener el efecto de nuestra misericordia hacia los hermanos, es porque Jesús se sitúa aquí en la perspectiva del juicio final («alcanzarán misericordia», ¡en

futuro!). «Tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia se siente superior al juicio» (St 2, 13).

4. Experimentar la misericordia divina

Si la misericordia divina está en el inicio de todo y es ella la que exige y hace posible la misericordia de los unos con los otros, entonces lo más importante para nosotros es tener una experiencia renovada de la misericordia de Dios. Nos estamos acercando a la Pascua y esta es la experiencia pascual por excelencia.

El escritor Franz Kafka tiene una novela titulada «El Proceso». En ella se habla de un hombre que un día, sin que nadie sepa por qué, es declarado en detención, si bien continúa con su vida acostumbrada y su trabajo de modesto empleado. Empieza una extenuante búsqueda para conocer los motivos, el tribunal, las imputaciones, los procedimientos. Pero nadie sabe decirle nada; sólo que existe verdaderamente un proceso en su contra. Hasta que un día vengan a llevárselo para la ejecución de la sentencia.

En el curso del suceso se va conociendo que habría, para este hombre, tres posibilidades: la absolución auténtica, la absolución aparente y

el aplazamiento. La absolución aparente y el aplazamiento, sin embargo, no resolverían nada; servirían sólo para mantener al imputado en una incertidumbre mortal para toda la vida. En la absolución auténtica, en cambio, «las actas procesales deben ser completamente suprimidas, desaparecen del todo del proceso, no sólo la acusación, sino también el proceso y hasta la sentencia se destruyen, todo es destruido».

Pero de estas absoluciones auténticas, tan suspiradas, no se sabe que haya habido jamás ninguna; hay sólo rumores al respecto, nada más que «bellísimas leyendas». La obra concluye así, como todas las del autor: algo que se entrevé de lejos, se persigue con afán como en una pesadilla nocturna, pero sin posibilidad alguna de alcanzarlo [5].

En Pascua la liturgia de la Iglesia nos transmite la increíble noticia de que la absolución auténtica existe para el hombre, no es sólo una leyenda, algo bellísimo pero inalcanzable. Jesús ha destruido «la nota de cargo que había contra nosotros; y la suprimió clavándola en la cruz» (Col 2, 14). Ha destruido todo. «Ninguna condenación pesa ya para los que están en Cristo Jesús» (Rm 8, 1). ¡Ninguna condenación! ¡De ningún tipo! ¡Para los que creen en Cristo

Jesús!

En Jerusalén había una piscina milagrosa y el primero que se arrojaba dentro, cuando las aguas se agitaban, se sanaba (v. Jn 5, 2 ss.). En cambio la realidad, también aquí, es infinitamente mayor que el símbolo. De la cruz de Cristo ha brotado la fuente de agua y sangre, y no uno solo, sino todos los que se arrojen dentro salen curados.

Después del bautismo, esta piscina milagrosa es el sacramento de la Reconciliación, y esta última meditación desearía servir precisamente como preparación a una buena confesión pascual. Una confesión «fuera de serie», o sea, distinta a las acostumbradas, en la que permitamos de verdad al Paráclito «convencernos de pecado». Podríamos tomar como espejo las bienaventuranzas meditadas en Cuaresma, comenzando ahora y repitiendo juntos la expresión tan antigua y tan bella: ¡Kyrie eleison!, ¡Señor, ten piedad!

«Bienaventurados los puros de corazón»: Señor, reconozco toda la impureza y la hipocresía que hay en mi corazón; tal vez, la doble vida que llevo ante Ti y los demás. ¡Kyrie eleison!

«Bienaventurados los mansos»: Señor, te pido perdón por la impaciencia y la violencia oculta que existe dentro de mí, por los juicios temerarios, el sufrimiento que he provocado a las personas a mi alrededor... ¡Kyrie eleison!

«Bienaventurados los que tienen hambre»: Señor, perdona mi indiferencia hacia los pobres y los hambrientos, mi continua búsqueda de comodidad, mi estilo de vida aburguesada... ¡Kyrie eleison!

«Bienaventurados los misericordiosos»: Señor, frecuentemente he pedido y he recibido a la ligera tu misericordia, ¡sin darme cuenta de a qué precio me la has procurado! A menudo he sido el siervo perdonado que no sabe perdonar: ¡Kyrie eleison! ¡Señor, ten piedad!

Hay una gracia especial cuando no es sólo el individuo, sino toda la comunidad la que se pone ante Dios en esta actitud penitencial. De una experiencia profunda de la misericordia de Dios se sale renovados y llenos de esperanza: «Dios, rico de misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo» (Ef 2, 4-5).

5. Una Iglesia «rica en misericordia»

En su mensaje para la Cuaresma de este año, el Santo Padre escribe: «Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que también nosotros cada día debemos "volver a dar" al prójimo». Así es la misericordia, la forma que el amor de Dios toma ante el hombre pecador: tras haber tenido esta experiencia, debemos, a nuestra vez, mostrarla con los hermanos. Ello tanto en el nivel de la comunidad eclesial como en el nivel personal.

Predicando los ejercicios espirituales a la Curia Romana desde esta misma mesa en el Año Jubilar 2000, el cardenal François Xavier Nguyên Van Thuân, aludiendo al rito de apertura de la Puerta Santa, dijo en una meditación: «Sueño una Iglesia que sea una "Puerta Santa", abierta, que abrace a todos, que esté llena de compasión y comprensión por todos los sufrimientos de la humanidad, tendida a consolarla» [6].

La Iglesia del Dios «rico en misericordia», dives in misericordia , no puede no ser ella misma dives in misericordia. De la actitud de Cristo hacia los pecadores examinada antes deducimos algunos criterios. Él no hace trivial el pecado,

pero encuentra el modo de no alejar jamás a los pecadores, sino más bien de atraerlos hacia sí. No ve en ellos sólo lo que son, sino aquello en lo que se pueden convertir si son tocados por la misericordia divina en lo profundo de su miseria y desesperación. No espera a que acudan a Él; frecuentemente es Él quien va a buscarles.

Actualmente los exégetas están bastante de acuerdo en admitir que Jesús no tenía una actitud hostil hacia la ley mosaica, que Él mismo observaba escrupulosamente. Lo que le situaba en oposición con la élite religiosa de su tiempo era una cierta manera rígida y a veces inhumana en que interpretaban la ley. «El sábado es para el hombre -decía-, no el hombre para el sábado» (Mc 2,27), y lo que dice del descanso sabático, una de las leyes más sagradas en Israel, vale para cualquier otra ley.

Jesús es firme y riguroso en los principios, pero sabe cuándo un principio debe ceder paso a un principio superior que es el de la misericordia de Dios y la salvación del hombre. Cómo estos criterios que se desprenden de la actitud de Cristo pueden aplicarse concretamente a los problemas nuevos que se presentan en la sociedad, depende de la paciente búsqueda y en definitiva del discernimiento del Magisterio.

También en la vida de la Iglesia, como en la de Jesús, deben resplandecer juntas la misericordia de las manos y la del corazón, tanto las obras de misericordia como las «entrañas de misericordia».

6. «Revestíos de entrañas de misericordia»

La última palabra a propósito de cada bienaventuranza debe ser siempre la que afecta personalmente e impulsa a cada uno de nosotros a la conversión y a la práctica. San Pablo exhortaba a los Colosenses con estas palabras:

«Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros» (Col 3, 12-13).

«Los seres humanos –decía San Agustín- somos como vasos de arcilla, que solo con rozarse, se hacen daño (lutea vasa quae faciunt invicem angustias)» [7]. No se puede vivir en armonía, en la familia y en cualquier otro tipo de comunidad, sin la práctica del perdón y de la

misericordia recíproca. Misericordia es una palabra compuesta por misereo y cor; significa conmoverse en el propio corazón del sufrimiento o el error del hermano. Es así que Dios explica su misericordia frente a las desviaciones del pueblo: «Mi corazón está en mí conmovido, y a la vez se estremecen mis entrañas» (Os 11,8).

Se trata de reaccionar con el perdón y, hasta donde es posible, con la excusa, no con la condena. Cuando se trata de nosotros, vale el dicho: «Quien se excusa, Dios lo acusa; quien se acusa, Dios lo excusa»; cuando se trata de los demás ocurre lo contrario: «Quien excusa al hermano, Dios lo excusa a él; quien acusa al hermano, Dios lo acusa a él».

El perdón es para una comunidad lo que es el aceite para el motor. Si uno sale en coche sin una gota de aceite en el motor, en pocos kilómetros todo se incendiará. Como el aceite, también el perdón resuelve las fricciones. Hay un Salmo que canta el gozo de vivir juntos como hermanos reconciliados; dice esto: «es como ungüento fino en la cabeza», que baja por la barba de Aarón, hasta la orla de sus vestiduras (v. Sal 133).

Nuestro Aarón, nuestro Sumo sacerdote, dirían

los Padres de la Iglesia, es Cristo; la misericordia y el perdón es el ungüento que desciende de esta «cabeza» elevada en la cruz y se extiende a lo largo del cuerpo de la Iglesia hasta la orla de sus vestidos, hasta aquellos que viven en sus orillas. Donde se vive así, en el perdón y en la misericordia recíproca, «el Señor da su bendición y la vida para siempre».

Procuremos identificar, en nuestras relaciones con los demás, la que parezca más necesitada de recibir el ungüento de la misericordia y de la reconciliación, y volquémoslo silenciosamente, con abundancia, por la Pascua. Unámonos a nuestros hermanos ortodoxos, que en Pascua no se cansan de cantar:

«¡Es el día de la Resurrección!
Irradiamos gozo por la fiesta,
abracémonos todos.
Digamos hermano también a quien nos odia,
perdonemos todo por amor a la Resurrección» [8].

---

[1] Cf. E.P. Sanders, Jesus and Judaism, London 1985, p. 385 (Trad. ital. Gesù e il

giudaismo, Genova 1992).
[2] Cf. J.D.G. Dunn, Gli albori del cristianesimo, I, 2, Brescia 2006, pp.567-572.
[3] Ch. Péguy, Il portico del mistero della seconda virtù, in Oeuvres poétiques complètes, Gallimard, Parigi 1975, pp. 571 ss.
[4] F. Dostoevskij, L'Idiota, Milano 1983, p. 272.
[5] F. Kafka, Il processo, Garzanti, Milano 1993, pp. 129 ss.
[6] F.X. Van Thuan, Testimoni della speranza, Città Nuova, Roma 2000, p.58.
[7] S. Agostino, Sermoni, 69, 1 (PL 38, 440)
[8] Stichirà di Pasqua, testi citati in G. GHARIB, Le icone festive della Chiesa Ortodossa, Milano 1985, pp.

-BIENAVENTURADOS LOS DE PURO CORAZÓN PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS

¿ Hay algo más bello que la pureza del corazón? Dios mismo se complace en él porque se ve en él como un espejo lindo sin defecto. Imprime en él toda su belleza y resplandece como el sol divino que le presta sus rayos.

BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE

CORAZON

SERAN LLAMADOS HIJOS DE DIOS
Esta bienabenturanza es radical y exigente. Es útil aproximarla a la de los pobres de espíritu porque las dos fórmulas son semejantes: hay en ellas una trasposición, al plano espíritual, de una cualidad física y material. La pureza evoca, en primer lugar, una cualidad del cuerpo, su limpieza; y, en segundo, la limpieza ritual, es decir, las condiciones para presentarse ante la divinidad.
El carácter ritual de la pureza estaba metido dentro del mismo alma de Israel y unido a la idea que tenía de la santidad de Dios. Y, para el judío del AT, el corazón era el centro de la vida interior - origen de todas las fuerzas psíquicas y espirituales. El verdadero centro de hombre en que se radica la vida religiosa que determina la actitud moral de las personas,
Esta bienaventuranza está especialmente inspirada en los salmos, sobre todo, Sal 24 (manos inocentes y pureza de corazón siendo los rasgos caraterísticas al que está admitido en la presencia del Señor). (Sal 51, 12; 73; Prov 22, 11; Ez 36, 26)
Ser limpio equivale a tener rectitud de intención y simplicidad de corazón (expresiones semejantes se encuentran en el NT en Ef 6, 5; Col 3, 22). Se limpia el corazón con la buena

conciencia, con la fe sin doblez, siendo buenos y sencillos. La vida de unión con Dios es sencilla - somos nosotros quienes la complicamos.
Puros de corazón son aquellos en los que las disposiciones internas sincronizan con la acción externa; los que sirven a Dios y a los hombres con todo el corazón aunque éstos les engañen y los desprestigien, aunque les llamen ingenuos. Los que sirven sin cálculos interesados, sin píos fingimientos (Mt 6, 22 - 24; 10, 16)
Para el puro todo es puro (Rom 14, 14). El ideal no será tener el corazón libre de pecado - **ideal inaccesible** - sino ser leal, sincero, generoso con Dios y con los hermanos. Esta limpieza - pureza no se funda en el cumplimiento de una moral legalista (estilo de los fariseos), ni siquiera en la realización de unas acciones buenas (limosna, oración, ayuno) si éstas nacen del orgullo o la hipocrasía (Mt 6, 1 - 8); *se fundamenta en la **rectitud** de intención, en la actitud de un corazón **transparente** y **sin doblez**.*
El binomio, **puro de corazón y manos límpias**, es inseparable en la moral bíblica; la ética del Evangelio exige ambas cosas - actitud interior y obras externas **coherentes** con dicha actitud.
A veces, esta bienaventuranza se ha concretado en la castidad; sin embargo, aunque la incluya, no es solamente eso. Quien practica esta

bienaventuranza, se hace signo radical del Reino y testimonio vivo del evangelio. Abarca no solamente la mera pureza sexual; todos sabemos que la misma virginidad corporal no es suficiente garantía de que la persona viva un cristianismo auténtico.

El estado de virginidad, la consagración a Dios sin división, no es fragmento accidental del mensaje de salvación: es el mismo mensaje, la esencia misma de la Iglesia, ya que la Iglesia es el Reino de Dios que camina ya por este mundo anunciando esa futura y siempre inminente transformación. Siempre ha de haber hombres y mujeres que encarnen este ideal de la virginidad y caminen por el mundo como símbolos de esa nueva edad (Jer 16, 2; 1 Cor 7, 29 - 35; Mt 19, 12).

El amor en el plano de la afectividad tiende normalmente a la totalidad de la persona, es decir, a invadir la esfera sexual. Por eso, la sexualidad, junto con el amor, ocupa un lugar destacado en el orden moral humano.

Por eso, también, la pureza de corazón require, en todos, la regulación del amor y placer. Inclusive, en el Evangelio, hay una invitación, una llamada a subir más alto que solamente aquellos que han recibido el don de esa percepción divina pueden oir. Es la pureza de corazón de aquellos corazones que, por la profundidad y la entrega de su amor, lo dirigen

exclusivamente hacia el Señor, sin compartir con otros corazones su pureza virginal (Mt 19, 12).
La limpieza de corazón, de esta bienaventuranza, cierra las puertas a todo ídolo que pueda atarnos a las cosas de aquí, impidiéndonos ser libres para Dios. La vida cristiana es una peregrinación pero el cristiano no huye del flujo del mundo sino de la corrupción y el pecado. Se dirige al Reino de Dios, a la tierra prometida o a la visión de Dios. Las exigencias de Jesucristo son siempre totales. Quiere pureza y desprendimiento en todo. El culto a la verdad es una de las primeras actitudes del discípulos del Señor. Esta bienaventuranza nos obliga a **no buscar** agradar a los hombres sino a ser honestos con Dios. La verdad nos hará libres (Jn 8, 12) de nuestros complejos, del "qué dirá la gente", del miedo al éxito o fracaso; libres de todo que pudiera doblegar nuestras conciencias.
La consagración a la verdad en los actos de nuestra vida personal y en nuestro comportamiento colectivo nos hace *limpios de corazón*, transparentes a Dios y a su palabra y nos habilita para dar testimonio de ella. En el mundo que vivimos, las apariencias engañan (lc 21, 1 - 4). Puro equivale a limpio, a sabor de transparencia, a simplicidad (2 Cor 1, 12; Flp 1, 10; 2, 15). La persona sinuosa, excesivamente

prudente, temerosa siempre de que la puedan engañar y que se expresa con circunloquios, con segundas intenciones - es lo opuesto del limpio del corazón.
Esta bienaventuranza se refiere a la vida entera y no mira solamente a la pureza del cuerpo. San Mateo expone aquí una exigencia particular del Evangelio - la exigencia de la verdad evangélica. Expresa la cualidad interior de un acto moral. No se limita a lo interior sino se aplica a toda la persona. Equivale a «bienaventurados los **puros**».
En el AT, la puereza cultual o legal identificaba a la perfección religiosa. La excesiva legislación sobre ella hizo que se degenerara en un formalismo minuciosa y deprimente y perder de vista la relación entre lo simbolizado en los ritos (la aantidad de vida) y los ritos mismos. Los medios se conviertieron en fines. En la síntesis de Levítico, la Ley de la pureza (11 - 16) se une con la Ley de la santidad (17 - 26).
San Pablo se aterevió a proclamar que la ley mata. Y, Santo Tomás de Aquino añadía que no sólo la ley del AT sino también la del NT puede quedar en letra muerta si degenera en puro formalismo; siempre mata si no está transformado por el espíritu de Cristo. Hay una tendencia entre los hombres a considerar su perfección en términos del cumplimiento estricto de las normas, convertiéndonos en

esclavos de la ley en lugar de hijos de ley. También está propenso el hombre a juzgar la contaminación externa como más peligrosa que la interna. El hombre contemporáneo, siente, a veces, más la impureza en el agua o en el aire que la limpieza ecológica de su propio corazón. Contra todo este formalismo, se elevó la voz de los profetas, proponiendo una pureza interna (Os 6, 6; Am 5, 21 - 25; Is i, 10 - 17; Jer 7, 4 - 7). El fondo de esta bienaventuranza es el del AT que conoce a la vez una pureza legal y una pureza de corazón. Pero la bienaventuranza de Jesús no se limitará a una parte cualquiera del ser; abarca toda la persona humana. se trata de una perfección que condiciona la entera actividad moral de todos los seguidores de Cristo. Para entrar en el Reino, se necesita una pureza nueva que sobrepasa la perfección moral del AT.

Pureza de corazón es especialmente sinceridad, simplicidad frente a la duplicidad; consiste en una perfecta coherencia entre el pensamiento y el sentimiento con la realidad. Es una sinceridad radical que procede de mirar y ver con el corazón. Es la actitud de intención alabada por el Maestro en Nataniel (Jn 1, 47). Los limpios de corazón verán a Dios. Como la pureza de corazón es esencialmente una **actitud religiosa** de perfecta sinceridad y fidelidad con Dios, adquiere todo su sentido la

promesa: «ellos verán a Dios». Pero, la expresión *verán a Dios* no siempre tiene el mismo significado en la Biblia.
En general, se usa en el sentido *cultual*: Ex 23, 17; Deut 31, 11; Sal 42, 43.
Ver a Dios tiene siempre un sentido litúrgico y contemplativo. En la experiencia religiosa, adquiere todo su sentido la pureza de corazón. En el AT se asocia la actitud del corazón y el encuentro con Dios en el templo santo (Sal 24, 3.4)
En el NT esta visión de Dios, adquirirá perspectivas nuevas que sólo se realizarán cuando los elegidos entran plenamente en el Reino glorioso que ha traído la muerte y resurrección de Jesús. Hay que entender la promesa de la bienaventuranza en este nuevo sentido.
Decir que los limpios de corazón verán a Dios es una afirmación sorprendente y audaz, tomando en cuenta la convicción hebrea de la imposibilidad de ver a Dios: Ex 33, 20; 1 Re 19, 13; Is 6, 2.La promesa de una visión *cara a cara* de Dios en el cielo, es exclusiva del NT, y puesta en labios de Jesús. (1 Cor 13, 12; 1 Jn 3, 2)
Los limpios no solamente ven a Dios sino **en ellos se ve *a Dios***. La limpieza es un testimonio de la presencia de Dios. Por pura lógica, la impureza imposibilita la visión de Dios. Esa presencia de Dios produce en los

santos, en los *limpios de corazón*, anhelos de buscarlo, de encontrarlo, de verlo. La visión de Dios es el fruto de la contemplación cristiana. Los contemplativos son aquellos que tienen la experiencia viva de Dios y, a través de ella, se vacía su corazón de todos los ídolos, Se introducen en lo invisible de Dios y gustan ya de su presencia.El camino de la contemplación es el camino de la muerte del hombre viejo para renacer como discípulo en el espíritu de las bienaventuranzas. A través de la experiencia de la oración, de la comunicación de gracia, se puede iniciarse en esta visión de Dios, reservada para los *limpios de corazón*. ¡Ver a Dios! la expresión más exacta de toda bienaventuranza.

-BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS PORQUE SE LLAMARÁN HIJOS DE DIOS.

Nuestro Dios es un Dios de paz. Hace que habiten en su casa a los que son de un mismo espíritu y de un mismo corazón, dice el Salmista, a los que se le parecen, a los que guardan su paz se les llamará hijos de Dios.

Para ser verdaderos cristianos, seamos

almas pacíficas, tengamos siempre palabras que endulcen la acritud para dar testimonio a los demás. Hagamos cuanto sea posible por reconciliar a los que están divididos, ayudarles mutuamente a que se perdonen.

-BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA PUES DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.

Son bienaventurados porque sufren obedeciendo a Dios y dan testimonio así a los que no viven según Dios.

Creer y sufrir por Cristo

Homilía del S. S. Juan Pablo II durante su visita a Polonia

1. «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 10).

Acabamos de escuchar las palabras pronunciadas por Cristo en el sermón de la Montaña. ¿A quién se refieren? En primer lugar, a Cristo mismo. El es pobre, manso, constructor de paz, misericordioso y, también, perseguido por causa de la justicia. Esta bienaventuranza, en particular, nos

pone ante los ojos los acontecimientos del Viernes santo. Cristo, condenado a muerte como un malhechor y después crucificado. En el Calvario parecía que Dios lo había abandonado, y que estaba a merced del escarnio de los hombres.

El evangelio que Cristo anunciaba afrontó entonces una prueba radical: «Es el rey de Israel: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él» (Mt 27, 42); así gritaban los testigos de aquel evento. Cristo no baja de la cruz, puesto que es fiel a su Evangelio. Sufre la injusticia humana. En efecto, sólo de este modo puede justificar al hombre. Quería que ante todo se cumplieran en él las palabras del sermón de la Montaña: «Bienaventurados seréis cuando [los hombres] os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros» (Mt 5, 11-12).

Cristo es el gran profeta. En él se cumplen las profecías, porque todas se referían a él. En él, al mismo tiempo, se abre la profecía definitiva. Él es el que sufre la persecución por causa de la justicia, plenamente consciente de que precisamente esa

persecución abre a la humanidad las puertas de la vida eterna. De ahora en adelante, el reino de los cielos pertenecerá a quienes crean en él.

2. Doy gracias a Dios, porque en el recorrido de mi peregrinación se encuentra Bydgoszcz, el mayor centro urbano de la archidiócesis de Gniezno. Os saludo a todos vosotros, (...)

Hace dos años, en Gniezno, pude dar gracias al Señor, único Dios en la santísima Trinidad, por el don de la fidelidad de san Adalberto hasta el supremo sacrificio del martirio y por los grandes frutos que produjo su muerte no sólo para nuestra patria, sino también para toda la Iglesia. Dije en aquella ocasión: «San Adalberto está siempre con nosotros. Ha permanecido en la Gniezno de los Piast y en la Iglesia universal, envuelto en la gloria del martirio. Y, desde la perspectiva del milenio, parece hablarnos hoy con las palabras de san Pablo: "Lo que importa es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo, para que, tanto si voy a veros como si estoy ausente, oiga de vosotros que os mantenéis firmes en un mismo espíritu y lucháis acordes por la fe del Evangelio, sin dejaros intimidar en nada por los adversarios" (Flp 1, 27-28). (...) Hoy releemos, una vez más, después de mil años,

este testamento de san Pablo y san Adalberto. Pedimos que sus palabras se cumplan también en nuestra generación. En efecto, se nos ha concedido en Cristo no sólo la gracia de creer en él, sino también la de sufrir por él, dado que hemos sostenido el mismo combate del que san Adalberto nos dejó testimonio (cf. Flp 1, 29-30)» (Homilía en Gniezno, 3 de junio de 1997, n. 7: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 20 de junio de 1997, p. 6).

Quiero releer este mensaje a la luz de la bienaventuranza evangélica que se refiere a quienes están dispuestos a ser «perseguidos» por causa de la justicia. Esos confesores de Cristo no han faltado jamás en Polonia. Tampoco han faltado jamás en la ciudad situada a orillas del río Brda. Durante los últimos decenios de este siglo, Bydgoszcz se distinguió por el signo particular de la «persecución por causa de la justicia». En efecto aquí, durante los primeros días de la segunda guerra mundial, los nazis llevaron a cabo las primeras ejecuciones públicas de los defensores de la ciudad. El mercado viejo de Bydgoszcz es su símbolo. Otro lugar trágico es el así llamado «Valle de la muerte», en Fordon. ¡Cómo no recordar en esta ocasión al obispo Michat Kozal, quien, antes de ser obispo auxiliar de Wloclawek, fue pastor

celoso de Bydgoszcz. Murió mártir en Dachau, testimoniando su inquebrantable fidelidad a Cristo. Muchas personas vinculadas a esta ciudad y a esta tierra también murieron así en los campos de concentración. Sólo Dios conoce con precisión los lugares de su suplicio y sufrimiento. En todo caso, mi generación recuerda el así llamado domingo de Bydgoszcz del año 1939.

El Primado del milenio, el siervo de Dios cardenal Stefan Wyszynski, supo leer con perspicacia la elocuencia de aquellos acontecimientos. Habiendo obtenido en 1973, tras muchas tentativas, que las autoridades comunistas de entonces le dieran el permiso para construir en Bydgoszcz la primera iglesia después de la segunda guerra mundial, le confirió un extraño título: «Santos mártires hermanos polacos». El Primado del milenio quería expresar de esta manera su convicción de que la tierra de Bvdgoszcz, probada por la «persecución por causa de la justicia», es un lugar adecuado para dicho templo. Conmemora a todos los polacos anónimos que, a lo largo de la historia ultramilenaria del cristianismo polaco, han dado su vida por el evangelio de Cristo y por su patria, comenzando por san Adalberto. Es

significativo también el hecho de que don Jerzy Popieluszko haya partido precisamente de este templo para realizar su último viaje. En esta historia se inscriben las palabras pronunciadas durante el rezo del rosario: «A vosotros se os ha concedido la gracia no sólo de creer en Cristo, sino también de padecer por él» (Flp 1, 29).

3. «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia».

¿A quién más se refieren estas palabras? A muchos a muchos hombres que, a lo largo de la historia de la humanidad, han sufrido la persecución por causa de la justicia. Sabemos que los tres primeros siglos después de Cristo se caracterizaron por persecuciones a veces terribles, especialmente bajo algunos emperadores romanos, como Nerón o Diocleciano. Y aunque terminaron con el edicto de Milán, se han renovado en diferentes épocas históricas y en numerosos lugares de la tierra.

También nuestro siglo ha escrito un gran martirologio. Yo mismo, durante mis veinte años de pontificado, he elevado a la gloria de los altares a numerosos grupos de mártires: japoneses, franceses, vietnamitas, españoles y mexicanos. ¡Y cuántos hubo durante la segunda guerra mundial y bajo el sistema

totalitario comunista! Sufrían y entregaban su vida en los campos de exterminio nazis o soviéticos. Dentro de pocos días en Varsovia, beatificaré a 108 mártires que dieron su vida por la fe en los campos de concentración. Ha llegado la hora de recordar a esas víctimas y rendirles el debido homenaje. Se trata de «mártires, con frecuencia desconocidos, casi "militi ignoti" de la gran causa de Dios», escribí en la carta apostólica Tertio millennio adveniente (n. 37). Conviene que se hable de ellos en Polonia, ya que tuvo una particular participación en este martirologio contemporáneo. Conviene que se hable de ellos en Bydgoszcz. Todos dieron testimonio de fidelidad a Cristo, a pesar de sufrimientos que nos estremecen por su crueldad. Su sangre se derramó sobre nuestra tierra y la fecundó para que diera una gran cosecha. Sigue produciendo el céntuplo en nuestra nación, que persevera con fidelidad, unida a Cristo y al Evangelio. Perseveremos sin cesar en nuestra unión con ellos. Demos gracias a Dios, porque salieron victoriosos de las pruebas: «Dios (...) como oro en el crisol los probó y como holocausto los aceptó» (Sb 3, 6). Constituyen para nosotros un modelo por imitar. De su sangre debemos sacar fuerzas para el sacrificio de nuestra vida, que hemos de ofrecer a Dios diariamente. Son un

ejemplo para nosotros, a fin de que, como ellos, demos un valiente testimonio de fidelidad a la cruz de Cristo.

4. «Bienaventurados seréis cuando [los hombres] os injurien, y os persigan (...) por mi causa» (Mt 5, 11).

A quienes lo siguen, Cristo no les promete una vida fácil. Antes bien, les anuncia que, viviendo el Evangelio, deberán convertirse en signo de contradicción. Si él mismo sufrió persecución, también deberán sufrirla sus discípulos: «Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas» (Mt 10, 17).

Queridos hermanos y hermanas, todo cristiano unido a Cristo mediante la gracia del santo bautismo, llega a ser miembro de la Iglesia, y «ya no se pertenece a sí mismo» (cf. 1 Co 6, 19), sino a Aquel que murió y resucitó por nosotros. Desde ese momento, entra en una particular relación comunitaria con Cristo y con su Iglesia. Por tanto, tiene la obligación de profesar ante los hombres la fe recibida de Dios por mediación de la Iglesia. Como cristianos, pues, estamos llamados a dar testimonio de Cristo. A veces esto exige un gran sacrificio por parte del hombre, que debe ofrecerlo diariamente y, con frecuencia, también durante toda su vida. Esta firme perseverancia en unión con Cristo y su

evangelio, y esta disponibilidad a afrontar «sufrimientos por causa de la justicia», a menudo son actos heroicos, y pueden llegar a asumir la forma de un auténtico martirio, que se realiza día a día y minuto a minuto, gota a gota en la vida del hombre, hasta el último «todo está cumplido».

Un creyente «sufre por causa de la justicia» cuando, por su fidelidad a Dios, experimenta humillaciones, ultrajes y burlas en su ambiente, y es incomprendido incluso por sus seres queridos; cuando se expone a ser contrastado, corre el riesgo de ser impopular y afronta otras consecuencias desagradables. Sin embargo, está dispuesto siempre a cualquier sacrificio, porque «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5, 29). Además del martirio público, que se realiza externamente, ante los ojos de muchos, ¡con cuánta frecuencia tiene lugar el martirio escondido en la intimidad del corazón del hombre, el martirio del cuerpo y del espíritu, el martirio de nuestra vocación y de nuestra misión, el martirio de la lucha consigo mismo y de la superación de sí mismo! En la bula de convocación del gran jubileo del año 2000, Incarnationis mysterium, escribí entre otras cosas: «El creyente que haya tomado seriamente en consideración la vocación

cristiana, en la cual el martirio es una posibilidad anunciada ya por la Revelación, no puede excluir esta perspectiva en su propio horizonte existencial» (n. 13).

El martirio es siempre para el hombre una prueba grande y radical. La mayor prueba del hombre, la prueba de la dignidad del hombre frente a Dios mismo. Sí, es una gran prueba para el hombre, que se realiza a los ojos de Dios, pero también a los ojos del mundo, que se ha olvidado de Dios. En esta prueba, el hombre obtiene la victoria cuando se deja sostener por la fuerza de la gracia y se convierte en su testigo elocuente.

¿No se encuentra ante esa misma prueba la madre que decide sacrificarse para salvar la vida de su hijo? ¡Cuán numerosas fueron y son estas madres heroicas en nuestra sociedad! Les agradecemos su ejemplo de amor, que no se detiene ante el supremo sacrificio.

¿No se encuentra ante este tipo de prueba un creyente que defiende el derecho a la libertad religiosa y a la libertad de conciencia? Pienso aquí en todos nuestros hermanos y hermanas que, durante las persecuciones contra la Iglesia, testimoniaron su fidelidad a Dios. Basta recordar la reciente historia de Polonia y las dificultades y persecuciones que se vieron

obligados a sufrir la Iglesia en Polonia y los creyentes en Dios. Fue una gran prueba para las conciencias humanas, un auténtico martirio de la fe, que exigía confesarla ante los hombres. Fue un tiempo de prueba, a menudo muy dolorosa. Por eso considero un deber particular de nuestra generación en la Iglesia recoger todos los testimonios que hablan de quienes dieron su vida por Cristo. Nuestro siglo tiene su martirologio particular, que aún no se ha escrito íntegramente. Es necesario investigar este martirologio, hay que confirmarlo y también escribirlo como hizo la Iglesia de los primeros siglos. El testimonio de los mártires de los primeros siglos es hoy nuestra fuerza. Pido a todos los Episcopados que dediquen la debida atención a esta causa.

Nuestro siglo XX tiene su gran martirologio en muchos países, en muchas regiones de la tierra. Mientras estamos entrando en el tercer milenio, debemos cumplir nuestro deber con respecto a quienes dieron un gran testimonio de Cristo en nuestro siglo. En muchas personas se cumplieron plenamente las palabras del libro de la Sabiduría: «Dios (...) como oro en el crisol los probó y como holocausto los aceptó» (Sb 3, 6). Hoy queremos rendirles

homenaje, porque no tuvieron miedo de afrontar dicha prueba y porque nos han mostrado el camino que hay que recorrer hacia el nuevo milenio. Son para nosotros un gran aliciente. Con su vida han demostrado que el mundo necesita este tipo de «locos de Dios», que atraviesan la tierra como Cristo, como Adalberto, Estanislao o Maximiliano María Kolbe y muchos otros. Necesita personas que tengan la valentía de amar y no retrocedan frente a ningún sacrificio, con la esperanza de que un día dé frutos abundantes.

5. «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 12). Éste es el evangelio de las ocho bienaventuranzas. Todos los hombres, lejanos y cercanos, de otras naciones y compatriotas nuestros de los siglos pasados y de éste, todos los que han sido perseguidos por causa de la justicia se han unido a Cristo. Mientras estamos celebrando la Eucaristía, que actualiza el sacrificio de la cruz realizado en el Calvario, queremos asociar a él a cuantos, como Cristo, fueron perseguidos por causa de la justicia. A ellos les pertenece el reino de los cielos. Ya han recibido su recompensa de Dios.

Con la oración abrazamos también a quienes siguen estando sometidos a la

prueba. Cristo les dice: «Alegraos y regocijaos», porque no sólo compartís mi sufrimiento, también compartiréis mi gloria y mi resurrección.

En verdad, «alegraos y regocijaos» todos los que estáis dispuestos a sufrir por causa de la justicia, dado que será grande vuestra recompensa en el cielo. Amén.

-BIENVENTURADOS CUANDO OS PERSIGAN, OS ULTRAJEN Y OS DIGAN TODA CLAS DE MALES POR MI CAUSA. ALEGRAOS PUES SERÉIS RECOMPENSADOS EN LOS CIELOS.

Si somos despreciados, alegrémonos por estar más cerca de Dios. El nos protege.

Recuerda que todo cristiano verdadero está destinado a sufrir persecución. El que lleva la cruz todos los días y lucha por obedecer la ley de Dios, no encuentra, a veces, nada más que la desaprobación de los demás.

Esta bienaventuranza trata de aquellos que padecen persecución no

por sus propias malas acciones, sino por ser justos. A estos creyentes que sufren por hacer lo recto se les promete el reino de los cielos. Su integridad condena a un mundo impío y desencadena su hostilidad. La gente odia una vida recta porque denuncia su propia injusticia (1ª P. 4:1-4; 2 Ti. 3:12).

"Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo" (Mt. 5:11). Esta bienaventuranza es la continuación del verso anterior, pero con una pequeña diferencia; mientras que en la primera parte la persecución viene a causa de la justicia aquí la persecución es por causa de Cristo.

El Señor sabia que sus discípulos serian maltratados por asociarse con él, la historia lo ha confirmado. Desde el comienzo del cristianismo, el mundo ha perseguido, encarcelado y dado muerte a los seguidores de Jesús. Cuando el Maestro los comisiono para ser sus embajadores del reino les dijo que ellos serian en el mundo como ovejas en medio de lobos (Mt. 10:16) Les dijo que el mundo los aborrecería (Jn. 15:18-19)

Incluso que los matarían alegando ***"servir a Dios con su muerte"***(Jn. 16:2).

"Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros"(Mt. 5:12).

Sufrir por causa de Cristo es un privilegio que debería ser causa de gozo (Hch. 5:40-42). ¡Grande es el galardón que espera a los que así vienen a ser compañeros de los profetas en la tribulación!. Aquellos portavoces de Dios del Antiguo Testamento se mantuvieron fieles a pesar de la persecución. Todos los que imitan su leal valor compartirán su exaltación en aquel día glorioso cuando seamos llamados (2ª Ti. 2.12). Decir en relación a estas bienaventuranzas que Jesús nos presenta en ellas un retrato del ciudadano ideal de su reino, haciéndonos un énfasis en la rectitud o justicia (v. 6), la paz (v. 9), y el gozo (v. 12). Es posible que San Pablo tuviese este pasaje en su mente cuando escribió: "Porque el reino de Dios no es

comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro. 14:17).

LOS CREYENTES SON SAL Y LUZ (Mt. 5:13-16).

Versículo 13: ***"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?. No sirve mas para nada, sino para ser echada fuera y ser hollada por los hombres***". El discípulo o súbdito del reino de Cristo tiene una gran función, ser "SAL DE LA TIERRA" viviendo las condiciones del discipulado que se relacionan en las bienaventuranzas y en todo el resto del Sermón del Monte. Si deja de exhibir esta realidad espiritual, los hombres pisotearan su testimonio con sus pies. El mundo menospreciara siempre a los creyentes NO CONSAGRADOS. Jesús ahora asemeja a sus discípulos a la "SAL". Ellos serian para el mundo lo que la sal es en la vida diaria: La sal sazona los alimentos; la sal impide que se extienda la corrupción; da sed, potencia el sabor, y si un creyente no deja sentir para este mundo esa

influencia bienhechora, entonces su religión no vale nada y los hombres la menospreciaran y la rechazaran. El cristianismo es a la vida lo que la sal es a la comida. El cristianismo le presta sabor a la vida. Lo trágico es que la gente conecta a menudo el cristianismo precisamente con todo lo contrario. Si el cristiano no cumple aquella función para la que ha sido puesto en este mundo, entonces su vida es inspirada y ya no sirve para nada, y se tira para que todo el mundo lo pisotee. "Todos sabemos que hay ciertas personas en cuya compañía es fácil ser buenos; y que también hay ciertas personas en cuya compañía es fácil bajar el listón moral. Hay ciertas personas en cuya presencia se podría contar sin reparos una historia sucia, y hay otras personas a las que uno no se le ocurriría contársela. El cristiano debe ser un antiséptico purificador en cualquier sociedad en que se encuentre; debe ser la persona que , con su presencia, excluye la corrupción y les hace mas fácil a otros ser limpio.".